

Las notas para una definición de Cultura de Eliot¹.

1. Nota inicial.

La empresa que se propone Eliot es llegar a una afinación de juicio que permita definir qué es cultura. Se trata de revalorizar ese concepto, en este tiempo de manoseo periodístico y vulgarización, que se ha vaciado de contenido preciso y por ende de comprensibilidad. "Así como una doctrina solo tiene necesidad de ser definida después de la aparición de una herejía, una palabra no necesita esa atención mientras no haya degenerado por el uso impropio". No queda sin embargo el estudio de Eliot reducido a tales límites, sino que penetra en el campo de la descripción de los procesos sociológicos y además formula algunas apreciaciones acerca de las condiciones necesarias para una armonía cultural. Todo esto, lamentablemente, expuesto en forma confusa en lo que se refiere al orden lógico de las conexiones temáticas de su ensayo, posiblemente por no haberlas discernido con suficiente lucidez. Por nuestra parte intentaremos espigar el eje nuclear de su pensamiento y mostrarlo sintética y objetivamente. Finalmente se esbozarán observaciones.

2. Caracteres de la Cultura.

Cultura, para Eliot, es forma o modo de vida que incluye en sí todas las actividades e intereses de un pueblo, de un pueblo determinado que convive en un sitio geográfico, y que en última instancia puede ser descripta como aquello que hace que la vida valga la pena de ser vivida. Surge con evidencia que no se trata de la resultante de una suma de partes, sino que es una estructura coherente y en cierto modo anterior a las partes, aunque sean estas las que imprimen internamente la dinámica histórica. Cultura es entonces un sentido de vida informado en el estilo total de una sociedad localizada geográficamente. Las notas de esta definición conducen al planteo del problema de las relaciones de la cultura con la religión (a la que Eliot parece darle el amplísimo sentido de concepción de mundo) y con la región. Analizaremos el primero por ser más fundamental.

La religión y la cultura no pueden ser concebidas como dos entes distintos y separados entre los cuales se establece una relación, ni como una identidad plena, sino en unidad sustancial, análoga diríamos, a la de forma y contenido en poesía. Emplea el término encarnación, justamente para darnos idea de ese íntimo vínculo, o nos dice que se trata de dos aspectos de un mismo objeto. Eliot mismo admite no ser muy claro. Y esto se agrava cuando afirma que en la situación actual, en que nuestro edificio cultural más o menos consciente se encuentra enraizado en un sustrato inconsciente primitivo de unidad o indistinción, acaece la separación y no pocas veces el antagonismo conflictual entre la religión y la cultura. Existe entonces una nostalgia, un deseo permanente de retomar ese nivel inconsciente (no comprendemos bien de qué se trata). El totalitarismo no sería más que un falso intento de retorno al seno materno, a la unidad originaria. Así pues la premisa inicial de rechazar tanto la separación como la identificación de religión y cultura queda peligrosamente disminuida. Por no decir negada. Eliot sin embargo soslaya el problema, como ocurre por otra parte repetidamente en el curso de su ensayo.

3. La comunicabilidad de las culturas.

¹ Unitas, Montevideo, octubre de 1949.

La humanidad no sigue, se desprende de lo antedicho, un proceso uniforme, monista, sino que está desgajada en una pluralidad de formas de vida. ¿Qué contactos y relaciones tienen entre sí? Es el problema de la comunicabilidad o incommunicabilidad entre las culturas. Como a cada religión corresponde un tipo de cultura, y en última instancia las religiones distintas son irreductibles entre sí, se deduce que lo mismo debe ocurrir con las culturas. Parece que Eliot se inclinara más por la tesis de la impermeabilidad cultural, aunque sin el grandioso radicalismo de Spengler, forzoso antecedente a posiciones de esta índole. Hay sin embargo aparentes restricciones. Un ámbito cultural unitario puede contener dentro de sí, en su intimidad, una diversidad de formas de vida, mejor dicho de intraformas, pues son formas dentro de otra superior. Aparecen así las sub-culturas o intra-culturas, modos de vida segregados, que dependen de otra en lo que se refiere a su sentido, origen y razón de ser. Tal el ejemplo de la escisión del Protestantismo, que depende de la principal tradición cultural que es la Iglesia de Roma, pues tiene sentido en cuanto protesta-de. Y puede ocurrir, también dentro del ámbito de una cultura, que una de sus formas interiores sea más fuerte que otras, apareciendo así las culturas-satélites, que se necesitan empero mutuamente. El otro tipo de relación es entre dos culturas extrañas, y es a este que se refiere la impermeabilidad. Por ejemplo en el caso de la colonización de una cultura inferior por otra superior, en que aquella termina inválida, anémica, en desintegración ideológica, y que tiene como resultado la creación de un estado de profundo resentimiento. Este es un problema insoluble nos dice Eliot.

4. Agentes de la Cultura.

El agente fundamental de la cultura es la sociedad, ya que es la fuente creadora, y su fuerza la religión. Pero no se trata entonces de la creación de una sola parte de la sociedad. Además la cultura del individuo depende de la del grupo o de la clase y estos a su vez de la sociedad, en total. Diríamos que hay una estructura jerárquica cuyo vértice y fundamento es la sociedad. La determinación consciente de alcanzar la cultura es lo que diferencia al individuo, al grupo y a la sociedad. Pero no puede haber aislamiento. Exigencia más imperativa aún en nuestro tiempo ante el avanzado proceso de diferenciación de funciones, y la aparición continua de nuevos niveles culturales. Niveles que por lo demás son imprescindibles. La cultura, insiste, no es propiedad exclusiva de ningún sector de la sociedad aunque cada uno desarrolle una función específica. Los niveles superiores no tienen más cultura que los inferiores, sino que simplemente son más conscientes de su haber. Las clases tienen un sentido positivo, y a ellas se adhieren, es su destino, las élites. Las élites viven siempre apegadas a una clase o, como en Rusia, se transforman en clase. Eliot no comparte el pensamiento de Mannheim que da un valor fundamental a las élites. Por lo contrario ni siquiera es deseable que adquieran gran individualidad. El aislamiento contemporáneo de las élites entre sí ha debilitado la cultura. Ese ideal tan deseado por muchos que la sociedad futura suprima las clases y que los grupos conductores se seleccionen según sus condiciones para dirigir la vida pública de una nación no le deja de parecer a Eliot problemático y utópico.

Ningún hombre considerado individualmente es portador de la cultura de un pueblo. Bien conocido es el fenómeno de la colonización, que ilustra al respecto, constituida por inmigrantes de zonas parciales de una sociedad y que dan lugar a nuevas formas de vida con analogías pero en el fondo distintas.

Finalmente se detiene en el problema de la transmisión de cultura, y considera como órganos fundamentales a la familia y la Iglesia, en lo que se refiere a su labor de conservación y transmisión educativa.

5. Perspectivas de futuro.

Somos custodios, dice Eliot, del legado de Roma, Grecia e Israel y del de Europa a través de los últimos dos mil años. Nuestro mundo está devastado por una atomización de especializaciones, en tren de desarticulación, que es lo más serio y difícil de reparar. La desintegración de las clases es visible y junto a ello el aislamiento de las élites. Se han disociado el pensamiento y la acción, la religión, la filosofía y el arte. Y los valores espirituales están en peligro, más aún cuando la actual decadencia no da señales de término a corto plazo. No podemos sin embargo imaginar una sociedad diferente por completo de la nuestra. Lo único que cabe es mejorar lo que ya poseemos. En todo momento se está conformando la civilización y entran en ello tantas causas y factores incalculables que no es posible predecir la sociedad futura. Además lo nuevo en sí, el cambio en sí mismo no tiene por qué ser positivo. Muchas veces la cultura de una época se diferencia de la anterior por lo que destruye sin comprender o prever las consecuencias.

Un imperativo fundamental es poder aunar la unidad con la diversidad. La unidad debería ser cristiana, pero dentro de esa unidad debería existir el conflicto sin fin de tendencias o ideas. Solo en la lucha constante con las falsedades la verdad se aclara y perfecciona a sí misma, se hace más explícita. Una cultura mundial uniforme sería monstruosa, aparte de inconcebible, más la pura diversidad es también mala. Ninguna sociedad por sí sola desarrolla todos los valores, al realizar algunos se pierde la apreciación de otros. Es pues fundamental la fricción, la tensión de atracción y repulsión. Los enemigos son imprescindibles, pues sin la lucha no puede mantener el equilibrio. El peligro de la libertad es la delicuescencia, el del orden la petrificación. En síntesis, la aspiración en este tiempo de dominio de las masas es una unidad cristiana, dentro de la cual exista la diversidad y la polémica, en última instancia la comunicación. El espíritu es en esencia eso, comunicación, y ello implica el conflicto.

6. Observaciones.

Eliot no ha cumplido con este trabajo un deber elemental de escritor, y más de un escritor de jerarquía. Y es el de aportar nuevos elementos de juicio acerca de la cultura y la sociedad actual. No lo ha hecho, y su estudio, además, es eminentemente superficial. Ignoramos su conocimiento del pensamiento alemán acerca de la cultura, que ha sido uno de los motivos fundamentales, hasta la obsesión en la filosofía contemporánea. Pero es evidente que no hace más que repetir conceptos conocidos y hasta de uso común. Agravado esto por afirmación es que no son nítidas y que no fundamenta.

Pero el reparo más importante no es ese, sino que se puede hacer a un autor cristiano. El espíritu que anima ese ensayo es de un perfecto positivista, y su método sociológico implica una toma de posición ante la realidad histórica que no tiene nada que ver con un concepto cristiano del mundo. Eliot tiene algo de Jano, una cara positivista y otra cristiana. Una el ensayista, otra el poeta. Cosa que nos parece deplorable e indicador de una carencia de rigor intelectual para no ser auto consciente de tan contradictoria actitud. O lo uno o lo otro. La disculpa que puede esgrimir Eliot es ser inglés. De ellos, dice Eugenio D'Ors se hacen protestantes con tal de

mantener el culto católico, dan amplia libertad a los jueces a condición de usar pelucas. Personalmente lo que puedo decir es que me disgustan los hibridismos. Y última observación: las soluciones no pueden ser más eclécticas, en el sentido peyorativo de la palabra. Resumiendo: las notas para la definición de la cultura han sido un paso en falso de T.S. Eliot.